

Veillot, aquel hombre de hierro, carecía de odios, como Ollé Lapruno lo advierte; pero su misión era de justicia, y la ejercía con la más completa firmeza en nombre de la misma caridad, como el juez que puede ser caritativo y al mismo tiempo inexorable.

Veillot era humilde, como lo han reconocido sus biógrafos, con humildad que se armonizaba con su inquebrantable energía, como se hermanan en algunos guerreros el valor heroico y el candor infantil; humildad que, como la que es realmente cristiana, no le ocultaba su verdadera misión, y persuadido de que ésta era servir á la justicia, fué el brazo secular de la verdad é hirió con igual denuedo la impiedad procaz que el liberalismo disfrazado de catolicismo ó la religiosidad misma, con tal de que advirtiese en ella un ligero tinte de liberalismo.

A su frente se alzaban Dupanloup y sus grandes seglares, que en 1855 reorganizaron *Le Correspondant*. (22)

Habían desaparecido algunos como Ozanam, el santo, el sabio, el artista; pero quedaban varios aún, á los que vinieron á unirse muchos dignos de ellos. (23)

Si *L'Univers* representaba la justicia, *Le Correspondant* representaba la concordia. Quizá estaban de acuerdo en los principios puros y sólo diferían en los puntos de vista.

Veillot defendía el derecho cristiano á sangre y fuego, sin cejar un palmo jamás; Dupanloup presentaba al siglo la civilización cristiana y le decía: "no puede ser enemigo del progreso quien tan grandes cosas ha creado."

Ambos empeñados en no apartarse del camino que se trazaron sistemáticamente, y olvidando que los sistemas en materia de conducta deben ser flexibles, como deben ser inflexibles en punto á principios y dogma, cayeron en opuestos, aunque muy naturales errores. Veillot ante algunos hizo aparecer el catolicismo como enemigo de la civilización moderna, porque á veces confundía los elementos buenos y malos que entraña esta civilización; Dupanloup en su afán de concordia, si no hizo transacciones en punto á principios, sí se opuso, aunque por fortuna sin resultado, á grandes progresos católicos, como el de la declaración

de la Infalibilidad, en su temor de provocar reacciones, causar apostasías y apartar más y más el espíritu moderno de la Iglesia.

¿Quién que no estuviera iluminado por luz sobrenatural procedería de otro modo? Sólo Roma sabe ejercer la justicia hasta sus límites precisos, sólo ella concordar la caridad más pura con la más exquisita prudencia y la dignidad más noble. Así Pío IX representó la justicia y siempre fué justiciero; así León XIII representó la caridad y nunca fué imprudente ni cobarde. (24)

Veillot y Dupanloup lucharon, y esa lucha fué fecunda. Sin Dupanloup, Veillot no hubiera *sacudido la opinión tan fuertemente*, según la gráfica expresión de un escritor; ni dado el grito de alarma ante el catolicismo liberal; sin Veillot, ni Dupanloup ni los suyos se hubieran entregado á la labor exquisita de conciliar en cuanto son conciliables las ideas modernas y las ideas católicas. Ambos sufrieron derrotas, pero ambos obtuvieron gloriosísimos triunfos. (25) La declaración de la Infalibilidad fué la gran victoria de Veillot (26); el abrazo fraternal de la fe y la ciencia en pleno concilio Vaticano, fué el triunfo insigne de Dupanloup. Antes, el primero, tuvo también la gloria de ver aparecer el *Syllabus* y después de la muerte del segundo, pero para eterna honra suya, León XIII bautizaba la república y la democracia.

También á mediados del siglo, contemporáneo y amigo de aquellos dos ilustres campeones, Donoso Cortés, el más grande de los españoles de su siglo, después de Balmes, asombró á Europa con su elocuencia.

Donoso Cortés debe ser querido de los mexicanos, porque descendía del gran Conquistador, y, ¿quién (no por su ilustre abolengo, sino por su genio igualmente ilustre) ha sido de veras más leído entre nosotros de todos los apologistas modernos que aquel escritor singular, cuya lujosa elocuencia se adunaba á un espíritu de vidente y á un corazón de santo?

Un novelista novísimo que anda en manos de todos, ha hecho objeto de burla á Donoso Cortés, como si España después de haber perdido sus glorias militares, quisiera pisotear otras más ilustres aún; pero pésele á ese triste censor, el gran extremeño seguirá siendo la

admiración de su patria, y la tierra que ganó Hernán Cortés á la fe, ha sido también conquistada en buena parte de su clase intelectual, por el ilustre nieto del padre de la nacionalidad mexicana.

Nos asombra saber, sin embargo, que algunos españoles inteligentes é ilustrados reputan á su primer orador moderno como hombre de escasísimo fondo, aunque dotado de imaginación rica y de palabra abundante y sonora. Tal cosa podría decirse de Castelar. Donoso era teólogo, y por lo tanto filósofo, del más alto vuelo, y tan profundo conocedor de la historia, y sobre todo de la época presente, que leía con asombrosa claridad en el porvenir. Napoleón, á pesar de su clarividencia, se equivocó en muchas de sus profecías, sobre todo en la de Europa republicana ó cosaca, porque nada hay tan difícil como profetizar. Donoso acertó muchas veces, prediciendo á larga distancia y con precisión que parece sobrehumana, la anexión á Alemania de Alsacia y de Lorena, si la unidad Germánica llegaba á constituirse; (27) el hecho de que Prusia arrastraría tras sí al Imperio en los campos de batalla (28); el golpe de estado de Napoleón; el coronamiento de este feliz aventurero, y lo que es más asombroso aún, (el vaticinio se hacía con anticipación de cerca de treinta años) la caída del nuevo Imperio napoleónico por su condescendencia con las ideas revolucionarias, caída que debería verificarse, *no en un nuevo Waterloo, sino en otra Novara!*

He aquí las propias palabras del vidente: "El Príncipe retrasa la proclamación del Imperio porque le detienen las malas disposiciones que ve en Europa; pero está decidido, sin embargo, y á toda costa, á ser Emperador, lo que sucederá probablemente este verano. Tal acontecimiento será bien recibido en Francia, aunque mal visto en Europa. Pero la guerra no estallaría sino en el caso de que este hombre atravesase sus propias fronteras, y creo que no las atravesará; está, sin embargo, impulsado por su destino, que es atravesarlas algún día, llamar á la Revolución y sucumbir miserablemente en Waterloo, ó para mejor expresar mi pensamiento, en una nueva batalla de Novara." (29)

La Civiltá Cattolica, encargada por el Sumo Pontífice para examinar el "Ensayo sobre el Catolicismo,"

hacia justicia al profundo talento de teólogo y filósofo del Marqués de Valdegamas diciendo: "más nos sorprende y maravilla que un seglar, no educado ciertamente en las aulas de un Seminario ó en el recinto de un claustro conozca tan de lleno como él la conoce, la economía de la ciencia teológica, y penetre con tanta seguridad en las materias más escondidas y en las más delicadas cuestiones."

En cuanto á su talento profético, que no es más que el resultado de su profundo conocimiento de la ley de la historia, Monseñor Beaumont, en un hermoso estudio del egregio orador, dice con verdadera elocuencia: "¡Qué poder de intuición el de Donoso Cortés! Está inspirado, posee el dón de segunda vista, y en la cumbre excelsa en que mora enciende un faro con su genio." (30)

"Mi método—decía el Marqués de Valdegamas—para juzgar los hechos históricos es muy fácil: elevo los ojos hacia Dios y en El veo lo que buscaría en vano en los acontecimientos considerados en sí mismos." (31)

¡Ah! tenía razón el gran vidente! Si aprendiéramos á buscar la Providencia en la historia, hallaríamos la clave misteriosa que une la voluntad divina con la libertad humana, y el presente nos enseñaría lo futuro.

Pero la misma índole del talento de Donoso, que alcanzaba la verdad no por los senderos trillados, sino en alas de los vientos, orillábalo á errores de pormenor, porque pudiendo de un solo vuelo llegar á las altas cimas, cuando quería enseñar el camino acostumbrado, que no era el suyo, solía en tal ó cual paraje extraviar la senda.

A ese respecto, otro hombre superior, Montalambert, que tanto lo conocía, lo amaba y admiraba, dice acertadamente: "Les imperfections de ce rare esprit peuvent toutes se ramener á une seule: il aimait trop l'absolu. Il lui fallait á tout prix généraliser, personifier une idée dans un homme, une époque dans un mot; sauter á pieds joint sur les intervalles, les distinctions, les mille diversités de la vérité dans les choses humaines. . . . Il avait le tort d'appliquer aux choses relatives et contingentes le despotisme d'affir-

“mations ou de négations qui ne convient qu’aux choses abstraites, nécessaires et absolues, et, niant implicitement les mille in conséquences de la nature humaine pour la supposer constamment logique, de raisonner mathématiquement sur des éléments variables à l’infini.” (32)

Insertado ese trozo, agrega Beaunard: “Esos son los brillantes defectos de ese maestro admirable, pero sus innumerables virtudes, ¿quién podrá decir las? ¿Quién podrá—pregunta *L’Armonía* de Turín—encerrar en los límites de la crítica ordinaria ese río desbordado que se escapa impetuosamente,

come torrente che alta vena preme? (33)

Donoso murió á los 44 años como un santo (3 de Mayo de 1853), después de haber llevado una vida ejemplar que puede ponerse por modelo. De los católicos seculares españoles es el más grande; “en donde él está—dijo Menéndez Pelayo—sólo los reyes entran,” y él es el único en el mundo—agregó—que ha entrado á la gloria de De Maistre y de Veuillot.

No soy historiador y se me perdonará que en la rapidez de mi discurso, pase por alto, aunque con profunda pena, las vidas admirables de O’Connell, llamado por Pío IX héroe del Cristianismo y por Irlanda su libertador; las de los dos Goerres, padre é hijo, asombrosos escritores alemanes; de los italianos Pellico y Monzoni, y otros de diversas nacionalidades.

He hablado principalmente de los franceses, porque en Francia se inició el movimiento laico y se desarrolló más que en ninguna otra parte, y si no pude abstenerme de consagrar á Donoso un recuerdo, fué porque para la raza española ese hombre tiene, aparte del atractivo del genio, el de la sangre y el de la lengua.

Por igual razón, ¿cómo guardar silencio acerca del mártir del Derecho Cristiano en América, de Don Gabriel García Moreno el Presidente del Ecuador, cuya gloriosa vida si terminó en 1875 comenzó á consagrarse á la causa católica desde 1850 con la defensa de la Compañía de Jesús?

Talento más claro, carácter más entero, abnegación más completa, valor más heroico, virtud más cristiana,

jamás se habían reunido en América en un solo hombre. Fué guerrero, orador, periodista, legislador, organizador de su pueblo, gobernante, y en el ejercicio de tan diversas y aun contrarias funciones, mostró valor heroico, elocuencia arrebatadora, estilo nervioso, vivo, pintoresco, ciencia profunda en ramos muy disímolos del saber humano, prudencia y sensatez sumas, al parecer incompatibles con sus fugas de periodista y sus arranques parlamentarios, é informaban todas esas dotes dándoles el aroma de la santidad, celo de apóstol, abnegación de mártir, humildad de cenobita y un amor á la religión, á sus ministros y sobre todo al Papa, que le hizo merecer bien el glorioso nombre de Caballero de la Iglesia. (34)

No sé qué será más hermoso, si su vida ó su muerte. Vivió como santo y murió como mártir. Consagró su vida á Jesucristo, y herido por el puñal masónico, espiró pronunciando aquella verdad profunda, grito sublime de la fe y de la esperanza: *¡Dios no muere!*

Su elogio fúnebre lo hizo el mismo Pío IX, en términos tales que parecen significar la canonización, pues terminó un elocuente panegírico del gran Presidente americano, diciendo que murió *victimæ de su fe y de su caridad!*

No paró en esto la gratitud del Papa, sino que en Roma se construyó, en el Colegio Pío Latino Americano, á la memoria del mártir, soberbio monumento, con esta elocuentísima inscripción:

“Religionis integerrimus custos,

Auctor studiorum optimorum,

Obsequentissimus in Christi sedem,

Justitiæ cultor, scelerum vindex.”

“Europa—dijo un sabio alemán—es muy grande para los que la gobiernan, y el Ecuador muy pequeño para García Moreno.”

No me queda más que agregar, después de la contemplación de ese cristiano incomparable, que una sola palabra: *sanguis martirum est semen cristianorum.* ¿Qué la tierra de esta triste América será de tal modo estéril que sea infecunda la sangre generosa del más grande de sus apóstoles seculares?

¿Pero se detuvo el apostolado laico hasta mediados del siglo, ó hasta la muerte de los hombres ilustres de que hemos hecho recuerdo, como suelen extinguirse las cosas grandes, porque las hace inimitables su misma grandeza? No, ciertamente. La milicia seglar se había consagrado á María desde el primer albor del siglo; había combatido bajo el amparo de la que es Auxilio de los Cristianos los combates de Dios, y Ella enriqueció con las gracias de su hermosura y el arte primoroso de su culto la imaginación de Chateaubriand; encendió el celo de los mártires en el corazón de Veuillot, quien en mil justas se mostró su campeón más resuelto; dió á Augusto Nicolás un rayo del sol sobre que se posan sus plantas; encendió el estilo de Donoso, cuando éste pregonaba sus glorias, en los colores de las rosas de Jericó y en la luz de la estrella de los mares, y para toda la milicia seglar abnegada y valiente, fué siempre escudo, guía, consuelo y esperanza.

¿Quién duda que esas nuevas huestes, esa falange seglar formada de tan hermosos talentos y tan nobles caracteres, no sería debida á la Madre de Dios, á quien el santo jesuíta Delpuits á principios del siglo consagró la clase laica en la persona de seis jóvenes, médicos, matemáticos y militares? Y ¿cómo la que fué declarada concebida sin pecado en alguna parte por los esfuerzos más ó menos directos de esa milicia benemérita, obra de Ella misma, habría de disgregarla cuando la congregó, privando á la Iglesia de un campeón que tanto osa y tanto puede en los modernos tiempos?

No, la milicia seglar, aunque no cuente tal vez con genios, como los que la fundaron, ha engrosado sus filas considerablemente; se presenta quizá menos brillante, pero más disciplinada; en ella valdrá menos la individualidad, pero vale mucho más la colectividad; para militar en sus tercios bastarán arreos menos ricos, pero se necesitan tal vez más virtudes cristianas; antes sus triunfos prometían la gloria más frecuentemente á sus guerreros; ahora el mérito de cada uno se distribuye más en las legiones y por lo mismo se practica mejor en los campamentos la primera virtud de esas huestes: la abnegación.

La declaración de la Inmaculada, como hemos dicho y quizá demostrado, trajo la de la Infalibilidad,

y ésta, que dió á la Iglesia una cohesión incomparable, estrechó las filas laicas formando grupo mejor organizado y sometido á más perfecta disciplina, y desde entonces cesaron en gran parte aquellas luchas de sacerdotes y seglares, que si producían algunos bienes, también escandalizaban á la Iglesia, como las de Veuillot con Dupaloup, Gerbert y Gratry, como la injusta agresión del Abate Gaduel á Donoso; disminuida un poco la influencia individual, ya serán menos contagiosos los errores, las caídas, los desfallecimientos de cada uno (35); así ya el espíritu de Roma, el alma del Papa estará más cerca de las conciencias y de los corazones.

No se diga por eso que no haya habido hombres inteligentes entre las nuevas filas laicas que, como todo ejército, necesita jefes y los tiene y ha tenido incomparables. Son glorias de Francia De Mun, Piou, León Harmel, Ollé Lapruné, Goyau, Laserre, Ernesto Hello, Cochín, varios de ellos ya muertos desgraciadamente, y los modernos convertidos, Brunetiere, Copée, Bourget; de España, Pidal y Mon, Nocedal, Menéndez y Pelayo, Aparisi y Guijarro; de Bélgica, de Italia y de Alemania, muchos escritores de menos nombradía que los primeros del siglo, pero cuya labor sólida, paciente y admirablemente bien dirigida, produce excelentes resultados. Lo que decimos es que si ha perdido algo la clase laica en individualidades prestigiosas, ha ganado en cuanto á organización, y como el genio sopla donde Dios quiere, día vendrá en que aparezca en las milicias seglares, y producirá los mismos buenos efectos de otro tiempo, sin que su fulgor de meteoro corra el peligro de deslumbrar y extraviar, porque la luz de Roma llega á todas las conciencias y todas saben que es su único guía. Ya no corremos el peligro de exclamar con Ozanam: "Los católicos somos castigados, porque hemos puesto más confianza en el genio de nuestros grandes hombres que en la palabra de Dios." (36)

¿Necesita la Iglesia las milicias seglares? Absolutamente no, pero es para ella honroso dirigirlas; pueden prestarle servicios, y más cada día conviene los presten, y León XIII, el más clarividente de los Pontífices modernos, ha recomendado su reclutamiento y su organización.

No dudo de que la Virgen Inmaculada haya suscitado los primeros apóstoles, haya aumentado y disciplinado las segundas milicias y prepare para éstas, gloriosos y próximos triunfos; no puede dejar de haber estrecha relación providencial entre el hecho de que el primer siglo en que la Iglesia, como corporación, adoró á María Inmaculada, fué el primer siglo en que seglares doctos y abnegados se consagraron por entero á la propagación de la verdad católica y á la defensa del derecho cristiano.

El mundo ahora, por voluntad de dos Pontífices, conmemora aquella gloriosísima declaración. ¡Que recuerde la Virgen de las Mercedes el mérito de los gloriosos defensores de la fe, cuya historia hemos esbozado, y suscite nuevas y poderosas milicias que, bajo la dirección de los Obispos, los príncipes legítimos de la Iglesia, guarden valientemente los puestos que se les designen, llena el alma de fe, el corazón de humildad y de esperanza!

En nuestro país sobre todo, en donde la Madre de Dios es ahora honrada con júbilo singular en su Concepción Purísima, agrúpense en torno del gonfalon de la Iglesia las milicias seglares. Hemos tenido predecesores y modelos. A pesar de las deficiencias de nuestra educación intelectual, defectuosa é incompleta como tiene que ser la de un país nuevo y pobre, lejano de los focos de civilización y espantosamente sacudido por las revoluciones, mucha luz y muchas fuerzas han dado á los cristianos las enseñanzas, unas veces elocuentes, siempre ortodoxas y sensatas, de ilustres seglares católicos. Echemos una ojeada á su historia.



LOS AUXILIARES DE LA FE EN MÉXICO

XV

LOS AUXILIARES DE LA FE EN MÉXICO